

que siendo los otros buenos, los hacemos encreyentes que son malos, y siendo nosotros malos, queremos persuadir á los otros crean que somos buenos, y sólo porque nos tengan por buenos asestamos al blanco de las virtudes y desarmamos en el terrero de los vicios. Quiero confesar una cosa, la cual descubierta, sé que á mí se me seguirá infamia; pero por ventura algun hombre cuerdo tomará aviso della, y es ésta. En tres años de mi vida yo he querido probar todos los vicios desta vida, no por más de por probar si hay en qué se satisfaga la malicia humana; y despues de todo mirado, despues de todo pesado y despues de todo probado, hallo que cuanto más cómo, más me muero de hambre; cuanto más bebo, tengo más sed; cuanto más huelgo, me siento más quebrantado; cuanto más duermo, estoy más desvelado; cuanto más tengo, me veo más codicioso; cuanto más deseo, más me atormento; cuanto más procuro, ménos alcanzo; finalmente, jamás tanto pené por cosa que despues de alcanzada no me empalagase, y luégo de otra apetito no tuviese. Suprema demencia es pensar ninguno que mientras vive en la carne, ha de satisfacer á la carne, porque al fin podrá ella quitarnos la vida, mas nosotros no á ella su desordenada codicia. Si los hombres hablasen con los dioses, ó los dioses comunicasen con los hombres, la primera cosa que les preguntarian es, por qué hicieron finitos á nuestros tristes dias, y infinitos á nuestros malos deseos. Oh, crueles dioses! ¿qué es esto que haceis ó qué es esto que permitis? ¿Ha de ser verdad que nunca hemos de pisar ni solo un dia bueno de vida, sino que en gustaduras desto y de aquello se nos ha de pasar la vida? ¡Oh intolerable vida humana, en la cual hay tantas malicias de que nos guardar, y tantos peligros de tropezar, y áun tantas cosas en nosotros de considerar, que entónces á ella y á nosotros nos acabamos de conocer, cuando se llega ya la hora de habernos de morir! Sepan los que no lo saben, que el mundo toma nuestro querer, y nosotros, de bobos, no se le queremos negar; y despues de apoderado en nuestro querer, constriñenos á que queramos el nuestro no querer; por manera que muchas veces querriamos hacer algunas obras virtuosas, y por habernos ya dejado en manos del mundo, no osamos hacerlas. Usa de otra cautela el mundo, y es, que á fin que no nos resabiamos con él, lo que loemos el tiempo pasado, con tal condicion que vivamos segun el tiempo presente. Y dice más el mundo, que si nosotros empleamos las fuerzas en sus vicios, él nos da licencia que de las virtudes tengamos buenos deseos. ¡Oh, si lo viese yo en mis dias que la solicitud que pone el mundo para conservar á sus mundanos, pusiesen los mundanos en apartarse de sus vicios, yo juro que los dioses tuviesen más siervos, y el mundo y la carne no tuviesen tantos esclavos!

CAPÍTULO III.

En el cual el emperador Marco Aurelio prosigue su plática; prueba por muy buenas razones que pues los viejos quieren ser servidos y honrados de los mozos, deben ser más honestos y virtuosos que ellos.

Todo lo sobredicho lo he dicho por ocasion de tí, Claudio, y de tí, Claudina, los cuales dos, cuando de se-

tenta años no quereis salir de la cárcel del mundo, ¿doteis ya los miembros podridos, ¿qué esperanza tenemos de los mozos que no han sino veinte y cinco años? Si no me engaña mi memoria, cuando yo allá estaba ya teníades nietos casados y biznietos desposados, y áun choznos nacidos; y pues esto es verdad, paréceme á mí que exprimido el racimo, no es sino para los animales el orujo; cogida la fruta, de ningun valor es la hoja; despues de llevada la presa, mal puede moler el molino; quiero decir, que el hombre ya muy viejo débese tener por afrentado de vivir tanto en el mundo. No penseis, amigos, que se sufre tener la casa llena de nietos, y decir á los otros que han pocos años; porque en cargando el árbol de frutas, luégo las flores se caen ó se tornan marchitas. Estado he pensando entre mí qué es lo que vosotros podíades haber hecho para que pareciédes mozos y acortádes los años; no sé otra razon sino que cuando casastes á Lamberta, vuestra hija, con Drusio, y á vuestra nieta Sofia la hermosa con Tusciano, los cuales todos eran tan mozos, que apenas las mozas habian quince años ni los mozos veinte, como á vosotros, sus abuelos, os sobra edad y os faltaban dineros, imagino que les distes cada veinte años de los vuestros en lugar de los dineros del dote. Podíades de esto colegir que os quedastes con los dineros de los nietos, y sacudistes de vosotros los años propios. Mucho quisiera, amigos míos, como oí decir que fuisteis mozos y muy mozos, verds con mis ojos viejos y muy viejos, no digo en la edad que os sobra, sino en el seso que os falta. Oh, Claudio y Claudina! notad, notad esto que os quiero decir, y siempre en la memoria lo debeis tener. Yo os hago saber que sustentar la mocedad, deshacer la vejez, vivir contentos, exentarnos de trabajos, alargar la vida y no sentir la muerte, estas cosas no son en manos de los hombres que las desean, sino en manos de los que las dan; los cuales, segun su justicia, y no nuestra codicia, nos dan la vida por peso y la muerte sin medida; una cosa hacen los viejos, la cual es causa de escandalizar á muchos, y es, que quieren ellos primero hablar en los consejos, quieren de los mozos ser más servidos; quieren en los convites los primeros asentamientos; quieren en todo lo que dicen ser siempre creidos, quieren en los templos estar más altos que otros, en el repartir de los oficios quieren ellos los más honrados, en cosa que ellos votan no quieren ser contradichos; finalmente, quieren tener el crédito de viejos y hacer la vida de mozos. Todas estas preeminencias y privilegios, justo y justísimo es que las tengan los viejos, los cuales desde muchos tiempos en servicio de la república han empleado sus años; pero junto con esto, avísales y requiérole que la autoridad que les dan sus canas, no la desmerezcan por sus malas obras. ¿Por ventura será cosa justa que el mozo humilde y honesto reverencie al viejo indómito y soberbio? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo benévolo y amoroso reverencie al viejo envidioso y malicioso? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo cuerdo y sufrido reverencie al viejo impaciente y loco? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo liberal y magnánimo reverencie al viejo escaso y codicioso? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo solícito y cuidadoso

reverencie al viejo descuidado y perezoso? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo abstimente y sobrio reverencie al viejo goloso y regalado? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo continente y casto reverencie al viejo lujurioso y disoluto? No me parece á mí que estas cosas son para que por ellas merezcan ser honrados, sino reprehendidos y castigados; porque los viejos más pecan en el mal ejemplo que dan, que no en la culpa que cometen. No me podrás tú negar, Claudio, amigo mio, que habrá treinta y tres años que estando ambos en el teatro mirando un espectáculo, como vinieses tarde y no hallases asentamiento, dijiste á mí, que estaba asentado: «Levántate, Marco, hijo, que pues tú eres mozo, justo es des el lugar á mí, que soy viejo.» Si es verdad que há treinta y tres años que querias ya lugar en los teatros como viejo, dime, yo te ruego y áun conjuro, ¿con qué unguento te has untado ó con qué agua te has lavado para remozarte y tornarte mozo? ¡Oh, si tú, Claudio, hubieses hallado alguna medicina ó descubierto alguna yerba, con la cual á los hombres quitases las canas de la cabeza y á las mujeres quitases las arrugas de la cara, yo te juro y áun aseguro que tú fueses más visitado y servido en Roma, que no lo es el templo de Apolo en Asia! Bien te acordarás tú de Annio Prisco el viejo, vecino que era nuestro y algo pariente tuyo, el cual, como yo le dijese un dia que no me hartaba de oír sus buenas palabras y de mirar sus ancianas canas, díjome él: «¡Oh, Marco hijo, bien parece que no has sido viejo, y por eso hablas como mozo; ea las canas, si honran á la persona, lastiman mucho al corazon, porque la hora que nos ven viejos, los extraños nos aborrecen, y los nuestros no nos aman!» Y díjome más: «Hágote saber, hijo Marco, que muchas veces mi mujer y yo hablamos en particular coloquio de los años que ha cada uno, y como ella me mira tanto y le parezco tan viejo, dígole y júrole que áun soy mozo, porque las canas me han venido por herencia y la vejez por dolencia.» Acuérdo-me tambien que á este Annio Prisco le cupo de ser senador un año, y como le pesase mucho de parecer viejo, y en extremo trabajase de que le tuviesen por mozo, acordó de raparse la barba y la cabeza á navaja, lo cual era muy prohibido á los censores y senadores de Roma; y como entrase un dia con los otros senadores en el alto capitolio, dijéronle: «Di, hombre, de dónde eres? ¿qué quieres? ¿á qué vienes? ¿y cómo has sido osado, no siendo senador, de entrar en este senado?» Respondió él: «Yo soy Annio Prisco el viejo; ¿qué es esto, que ahora me habeis desconocido?» Replicáronle ellos: «Si tú fueses Annio Prisco, no vernias así rapado; ea en este senado no puede ninguno entrar á gobernar la república si no fuere honestísima su persona y trajere cubierta de canas la cabeza, y tú desde ahora te ten por desterrado y por privado del oficio, porque los viejos que viven como mozos, como mozos han de ser castigados.» Bien sabes tú, Claudio y Claudina, que esto que he dicho no es ficcion de Homero ni fábula de Ovidio, sino que vosotros le vistes con vuestros ojos, y yo le ayudé para el destierro con algunos dineros, y no es nada sino que se fué desterrado de Roma á Capua, de do le desterraron otra vez por las livian-

dades que por la ciudad de noche hacía, y no me maravillo desto; ea, segun vemos por experiencia, los viejos que están muy encarnizados en los vicios, muy peores son de corregir que los mancebos. ¡Oh cuánta malaventura tienen los viejos, los cuales se han dejado envejecer en los vicios; porque más peligroso es el fuego en una casa vieja que no en una nueva, y una reciente cuchillada no es tan peligrosa como una fistola podrida. Aunque los viejos no fuesen honestos y virtuosos, por el servicio de los dioses, por el provecho de la república, por el decir de los pueblos y por el ejemplo de los mozos, debrianlo sólo ser por el descanso de sí mismos. Un pobre viejo, si no tiene dientes, cómo será goloso? si no tiene calor, ¿cómo podrá comer? si no tiene gusto, cómo le sabrá el beber? si no tiene fuerzas, cómo podrá adulterar? si no tiene piés, cómo podrá andar? si tiene perlesía, ¿cómo podrá hablar? si tiene gota artética, cómo podrá jugar? Finalmente, los semejantes hombres mundanos y viciosos emplearon sus fuerzas, cuando mozos, en querer todos estos vicios probar, y agora, que son viejos, pésales de todo su corazon de que no los pueden cumplir. Sobre todas las culpas, á mí parecer, ésta es la más suprema culpa en los viejos; conviene á saber, que constándonos que un viejo ni ha dejado parte del mundo que no ha andado, ni ha dejado vileza que no ha atentado, ni ha dejado fortuna que no ha corrido, ni ha dejado bueno que no ha perseguido, ni ha dejado malo á que no se ha allegado, ni ha dejado vicio que no ha probado, pasando, pues, el malaventurado tantos tiempos en estos vicios, ya que el mundo le ataja los pasos con enfermedades y trabajos, no le pesa tanto, para ser virtuoso, de las fuerzas que le faltan, cuanto, para ser vicioso, de las fuerzas que le faltan. ¡Oh, si nosotros fuésemos dioses, ó si no, que los dioses nos diesen licencia para que conociésemos los pensamientos de los viejos como vemos con los ojos las obras de los mozos, yo juro al dios Mars, y áun á la madre Berecinta, que, sin comparacion, castigásemos más los malos deseos que tienen de ser malos los viejos, que no las liviandades ni travesuras de los mozos! Dime, Claudio, y dime tú, Claudina, ¿pensais vosotros por ventura que por traeros como mozos, dejaréis de parecer viejos? Vosotros no sabeis que nuestra naturaleza es corrupcion de nuestro cuerpo, y nuestro cuerpo es mullidor de nuestros sentidos, y nuestros sentidos son alcades de nuestra ánima, y nuestra ánima es madre de nuestros deseos, y nuestros deseos son verdugos de nuestra juventud, y nuestra juventud es atalaya de nuestra vejez, y nuestra vejez es espía de nuestra muerte, y la muerte al fin es el mismo lugar do toma posada la vida, y donde la mocedad se nos va huyendo por piés, y de la vejez áun no podemos escapar cabalgando. Holgaria que tú, Claudio, y tú, Claudina, me dijédes qué hallais en la vida, por qué os contenta tanto la vida despues que habeis pasado ochenta años de vida. O vosotros habeis sido en este mundo malos ó habeis sido buenos; si habeis sido buenos, tened por bueno iros á gozar con los dioses buenos; si habeis sido malos, justísimo es que os murais, porque no seais más malos, que hablando la verdad, los que en seten-

ta años han sido de mala vida, poca esperanza ternémos de su enmienda. Adriano, mi señor, estando en Nola de Campania, trajéronle un sobrino suyo del estudio, en el cual el niño no había aprovechado poco, ca venía gran griego y latino, y junto con esto, el mozo era hermoso y honesto, y como el emperador Adriano le amase tanto á su sobrino, dijole estas palabras: «No sé, sobrino, si te diga que seas bueno ó que seas malo, porque si eres malo, será en tí mal empleado el vivir; si eres bueno, luego te has de morir, y por eso vivo yo más que todos, porque soy peor que todos.» Por estas palabras que dijo Adriano, mi señor, da claramente á entender que á los buenos en breve les saltea la muerte, y á los malos se les alarga mucho la vida. Opinión fué de un filósofo, que los dioses, como son tan profundos en sus secretos y tan justos en sus obras, á los hombres que ménos aprovechan en la república, á aquellos alargan mucho más la vida; y si él no lo dijera, vémoslo nosotros por experiencia, porque á un bueno y que de la república es celoso, ó le llevan los dioses, ó le matan los enemigos, ó le acaban los trabajos. Cuando el gran Pompeyo y Julio César se enemistaron, y de aquella enemistad en crudas guerras vinieron, cuentan los anales de aquel tiempo que vinieron en favor de Julio César los reyes y gentes de Occidente, y en socorro del gran Pompeyo todos los más poderosos de Oriente; porque estos dos príncipes eran amados de pocos, y servidos y temidos de muchos. Entre las otras gentes varias y extremadas que vinieron de Oriente en las huestes del gran Pompeyo, fueron unos bárbaros muy bárbaros, los cuales decían ser moradores á la otra parte de los montes Rifeos, á las vertientes que corren á la India. Tenían en costumbre estos bárbaros de no querer vivir más de cincuenta años, y para esto, cuando llegaban á la tal edad, hacían grandes hogueras de fuegos, y allí se quemaban vivos, y por su voluntad se sacrificaban á los dioses. No se espante nadie de lo que hemos dicho, pero espántense de lo que queremos decir; conviene á saber, que el día que uno cumplía los cincuenta años, así vivo se echaba en los fuegos, y los parientes e hijos y amigos del tal hacían muy gran fiesta, y la fiesta era, que comían las carnes de aquel muerto medio quemado, y bebían en vino ó agua los polvos de sus huesos; por manera que las entrañas de los hijos vivos eran sepulcros de los padres muertos. Todo lo sobredicho vió con sus propios ojos el gran Pompeyo, á causa que algunos cumplieron los cincuenta años estando en su campo, y como el caso era tan monstruoso, muchas veces despues lo contaba Pompeyo en el Senado. Sienta en este caso cada uno lo que quisiere, y condene á estos bárbaros cuanto mandare; que yo no dejaré de decir lo que siento. ¡Oh siglo dorado, que tales hombres tuvo! ¡Oh gente bienaventurada, de la cual en todos los siglos advenideros con razon habrá perpétua memoria! ¿Qué menosprecio del mundo, qué olvido de sí mismos, qué acocear de fortuna, qué azote para la carne, qué en poco tener la vida, cuán en ménos tener ni temer la muerte pudo ser mayor? ¡Oh qué freno para viciosos, oh qué espuelas para virtuosos, oh qué confusion para los que aman la vida, oh qué ejemplo tan grande para no te-

mer la muerte nos dejaron! Pues éstos de su voluntad menospreciaban la vida propia, bien es de pensar que no morirían por tomar la hacienda ajena. No por más de por pensar que nunca ha de haber fin nuestra vida, jamas ha fin nuestra codicia. ¡Oh gloriosa gente, y diez mil veces bienaventurada, que dejada la sensualidad propia, y vencido el natural aspecto de querer vivir, no creyendo á lo que veíades, teniendo la fe en lo que nunca viste, fuistes á los hados á la mano, salistes á la fortuna al camino, derrocastes por suelo á la vida, hurtastes el cuerpo á la muerte, y sobre todo, ganastes honra con los dioses, no que os alargasen más la vida, sino que tomasen lo que vos sobraba de la vida. Arcagento, cirujano de Roma, y Antonio Musa, médico del emperador Augusto, y Esculapio, padre de la medicina, pocos sextercios ganáran en aquella tierra. ¿Quién mandará á aquellos bárbaros hacer entónces lo que hacen agora los romanos; conviene á saber, jaroparse á la mañana, tomar píldoras á la noche, serenar sueros, tomar ordeates, untar el hígado, correr por desopilar el bazo, sangrarse hoy, purgarse mañana, comer de una cosa y abstenerse de muchas? No es de creer que quien de balde busca la muerte, diera dineros por alargar la vida.

CAPÍTULO IV.

En el cual el emperador Marco Aurelio concluye su carta, y dice cuánto peligro se les sigue á los viejos de vivir como mozos, y para remedio dello dales muy buenos consejos.

Viniendo, pues, al caso de tí, oh Claudio y Claudina, paréceme que aquellos bárbaros siendo de cincuenta años, y vosotros habiendo más de setenta, sería justo que, pues sois mayores en la edad, fuésedes iguales en la cordura; si no quisiéredes, como ellos, tomar la muerte dulce, á lo ménos enmendéis la vida mala. Acuérdomé, no habrá muchos años, que Fabricio el mozo, hijo de Fabricio el viejo, me tenía ordenada una mala burla, de la cual si vosotros no me avisáades, se me siguiera una notable afrenta; y pues entónces me hicistes tan buena obra, quisieraosla pagar en la misma moneda, porque entre los amigos no hay igual beneficio con desengañar al engañado. Hágoos saber, si no lo sabeis, pobres viejos, que estáis ya tales, que teneis los ojos hundidos, las narices húmedas, los cabellos blancos, el oír perdido, la lengua torpe, los dientes caídos, la cara arrugada, los piés hinchados y los pechos ahogados; finalmente, digo que si supiese hablar la sepultura, como á caseros suyos, os podrá compeler por justicia viniédeses á poblar su casa. Gran compasión es de tener á los mancebos y á su juvenil ignorancia, porque á los tales entónces se les abren los ojos para conocer los infortunios de esta vida, cuando se les acaba la vida y los emplazan para la sepultura. Decía el divino Platon, en el libro *De republica*, que á los mozos vanos y locos en vano les damos consejos buenos, porque la juventud es sin experiencia de lo que sabe, sospechosa de lo que oye, incrédula de lo que le dicen, menospreciadora del consejo ajeno y muy pobre del suyo propio. Caso que esto es verdad, como es verdad, yo os digo, Claudio y Claudina, que sin comparacion no es tan mala la ignorancia que tienen de lo bueno los

mozos, como la obstinacion que tienen en lo malo los viejos, porque los dioses inmortalen muchas veces disimulan mil ofensas cometidas por ignorancia, y por otra parte no perdonan una culpa cometida por malicia. Oh, Claudio y Claudina! yo no me maravillo que como hombres olvideis á los dioses que os criaron, olvideis á los padres que os engendraron, olvideis á los parientes que os favorecieron, olvideis á los amigos que os honraron; pero de lo que me escandalizo es, que vosotros mismos olvideis á vosotros mismos; conviene á saber, que nunca mirais qué habeis de ser hasta que sois lo que no querriades ser, y esto sin poder tornar atras. Despertad, pues en el sueño estáis ahogados; abrid los ojos, pues estáis adormecidos; acostumbraos á trabajar, pues sois vagamundos; aprended lo que os cumple, pues sois simples; no os descuideis de lo que os conviene, pues sois ya tan viejos; quiero decir, que os concertéis de espacio con la muerte ántes que os hagan ejecucion en la vida. Cincuenta y dos años há que tengo conocimiento de las cosas de este mundo, pero jamas conocí en él mujer tan cargada de años, ni hombre viejo que tuviese tan podridos los miembros, ni por falta de fuerzas dejasen de ser buenos, si quisiesen ser buenos, ni aun por la misma ocasion dejasen de ser malos. Cosa es maravillosa de ver y muy digna de notar, en que todas las cosas corporales del hombre se envejecen, si no es el corazon interior y la lengua exterior; porque el corazon siempre está verde para pensar maldades, y la lengua siempre tiene habilidad para decir mentiras y malicias. Sería mi parecer que, pues es pasado el verano alegre, vos aparejáseis para el invierno erizado, y si os queda poco del día, vos deis prisa á tomar posada; quiero decir, que si el día de vida pasastes con trabajo, trabajéis porque la noche de la muerte vos tome en puerto seguro. Las burlas pasen por burlas, y las véras tomemos por véras; conviene á saber, que sería cosa muy justa, y aún para vuestra honra necesaria, que todos los que os vieron en otro tiempo ser mozos locos, os viesen agora estar muy retraídos; porque no hay cosa con que más se olviden las liviandades de la mocedad que mostrando mucho reposo y gravedad en la vejez. Cuando el caballero pasa la carrera, no le culpan que el caballo lleve descrinadas las crines; mas despues que es llegado á su puesto, justo es que aderece su caballo. ¿Qué mayor confusion puede ser á la persona, y igual afrenta á nuestra madre Roma, que ver lo que vemos hoy en ella, es á saber, andar ruando por las plazas, irse á ver los teatros, asentarse en los coliseos, los viejos que se caen de podridos, como los mozos que agora ciernen para pámpanos. Vergüenza he de decirlo; pero más me escandalizo de verlo, ver á los viejos romanos cómo cada día se sacan las canas por no parecer viejos, hacen á menudo la barba por parecer mozos, el calzado traen muy justo, las camisas muy descubiertas, el palio todo encarnado, la insignia romana muy esmaltada, argolla de oro á la garganta como los dacios, tintinábulo en la ropa como los safiros, nacre en los sombreros como los griegos, y perlas en los dedos como los indios. ¿Que más quereis que diga, despues de lo que tengo dicho, sino que traen las ropas anchas y largas como los tarentinos, y las traen de color de croco como

los vándalos, y cada semana las sacan nuevas como histriones? Y lo peor de todo, que así se precian de ser enamorados como cuando eran muy mozos. Que los viejos sean combatidos y aún vencidos de los juveniles deseos, no es de maravillar, porque es tan natural aquel bestial apetito como lo es el comer cotidiano; pero que los viejos, siendo viejos, sean públicamente disolutos, justamente desto se deben escandalizar todos, porque los viejos carnales y viciosos ofenden á los dioses con el hecho y escandalizan á la república con el escándalo. ¡Oh, cuántos he conocido yo en Roma, que fueron muy estimados en la mocedad, y despues, por emboscarse en estas liviandades, lo perdieron en la vejez; y lo peor de todo, que ellos perdieron el crédito, sus parientes el favor y sus inocentes hijos el provecho; porque muchas veces permiten los dioses que habiendo los padres cometido la culpa, sobre solos los hijos descienda la pena. El muy famoso Gaguino Caton, que descendía del antiguo linaje de los sabios Catones, fué en Roma flamen dialis cinco años, pretor tres, censor dos, dictador uno, cónsul cinco veces; siendo de edad de sesenta y cinco años dióse á seguir y á servir y á requerir á Rosana, hija de Gneo Curcio, dama, por cierto, harto moza y no poco hermosa, y asaz de muchos deseada y festejada. Andando, pues, el tiempo, y el dios Cupido haciendo su oficio, encarnó tanto el amor en el corazon del triste viejo, que casi vino á perder el sentido, y en que despues de haber consumido toda su hacienda en servirla, todo el día suspiraba y toda la noche lloraba no más de por verla. Aconteció que debieran dar á la dama Rosana unas enojosas calenturas, con gran hastío de no poder comer, y como se le antojasen unas uvas, y por ser temprano, aún en Roma no eran maduras, sabido esto por Gaguino Caton, envió al río Rin por ellas, á parte que habia gran suma de millas. Como la cosa fuese divulgada por Italia, y en Roma lo supiese ya todo el pueblo, y de la liviandad se diese noticia al Senado, mandaron los padres conscriptos que Rosana fuese con las vírgenes vestales en el templo encerrada, y el viejo perpétuamente de Roma desterrado, porque á ellos fuese castigo y á los otros ejemplo. De verdad que me hizo gran lástima verlo, y aún agora tengo no pequeña pena en escribirlo, porque vi al padre morir con infamia y á los hijos vivir con pobreza. Bien creo yo que todos los que en este tiempo oyeren, y todos los que esta escritura leyeren, afearán el hecho del viejo enamorado, y aprobarán por buena la sentencia que contra él dió el Senado; pero yo juro que si tantos mozos tuviese Gaguino Caton en su destierro como terná viejos enamorados que sigan su ejemplo, no habria en Roma tantos hombres perdidos ni mujeres mal casadas. Muchas veces acontece que los hombres viejos, mayormente siendo generosos y valerosos, son avisados de sus criados, son reprehendidos de sus parientes, son rogados de sus amigos y son acusados de sus enemigos, por andar en pasos tan deshonestos; y responden á la tal demanda que no son enamorados sino de burla. Siendo yo mozo, muy mozo, no ménos en el seso que en la edad, una noche, en el Capitolio, topé con un mi vecino, el cual era tan viejo, que me podía tener por nieto, y dijele esta palabra: «Señor Fabricio, ¿y vos

también enamorado?» Respondióme él: «Señor Marco, ya veis que mi edad no sufre ser enamorado, y si lo soy, soylo por pasatiempo.» Por cierto yo me maravillé toparlo á tal hora y me escandalicé de darme tal respuesta. En los viejos de mucha edad y gravedad las tales respuestas no se pueden llamar amores, sino dolores; no pasatiempo, sino perder tiempo; no burla, sino burlería; porque de los amores de burlas se les sigue infamia de véras. A tí, Claudio y Claudina, pregunto, ¿qué otra cosa sois los viejos enamorados, sino un círculo delante la taberna, do todos piensan que hay vino, y no venden sino vinagre? Item, son como los huevos, muy blancos, y después los hallan dentro güeros. Item, son como herida sobresana, y está hecha una fistola. Item, son como pildora dorada, la cual gustada, tiene en sí gran amargura. Item, son como las redomas que en las boticas están quebradas, y tienen los sobrescritos nuevos. Item, son como el tremedal helado, en el cual no hay paso seguro. Item, son como una portada nueva, y dentro está la casa toda podrida; finalmente, el viejo enamorado es como el caballo de ajedrez, que ayuda á perder el dinero, y no puede sacar á nadie de peligro. Nótese esta palabra, y para siempre encomiéndose á la memoria; conviene á saber, que el viejo vicioso y lujurioso no es sino como el puerro, que tiene las barbas blancas y las porretas verdes. Paréceme á mí, si os pareciese á vosotros, que no debriades aguardar de quebrar las alas al tiempo cuando no es razon que haya pluma en ellas. Ni os engañeis, amigos y vecinos míos, diciendo que para todo hay tiempo; porque la enmienda está en manos de vosotros, que la habeis de hacer; pero el tiempo está en manos de los dioses, que le han de repartir. Vengamos, pues, al remedio para remediar este tan gran daño, y sea que

lo que pudiéredes andar de día, no lo guardéis andar para la noche de la vejez; porque mal corta el cuchillo gastado el acero, y el que está avezado á carne, mal se amaña á roer los huesos. Item, os digo y aviso que si la casa, de podrida y vieja, se nos va á caer, la apoyemos, no con cuentos de madera, sino con pensar la estrecha cuenta que hemos de dar á los dioses de la vida y á los hombres de la fama. Item, digo que si la viña de todas nuestras virtudes está vendimiada, demónos á la rebusca de la emienda. Pues las cubas de nuestra cosecha se estragaron con malas y perversas obras, remostémoslas con mosto nuevo de nuevos y buenos deseos. Son los dioses tan apacibles de servir, y tan buenos de contentar en los servicios que les debemos por los bienes que nos hacen, que si no les podemos todo pagar con buenas obras, toman en descuento buenos deseos; finalmente, digo que si tú, Claudio y Claudina, ofrecistes la harina de la juventud al mundo, ofrecéis ahora los salvados de la vejez á Dios. Yo os he escrito largo, y más de lo que tenía en el pensamiento. Saludadme á la vecindad toda, en especial á Drusia Patrocla, viuda y generosa romana. Acuérdomme que Górvina, vuestra nieta, me hizo un placer el día de la madre Berecinta; ahí envío tres mil sextercios; serán los mil para ayudar á casarla, y los otros para ayudar á relevar vuestra pobreza. Mi Faustina está mala; daréis otros mil sextercios á las vírgenes vestales porque rueguen á los dioses por ella. A tí, Claudina, envía mi Faustina un arca; por los inmortales dioses juro no sé qué envía en ella. A los dioses ruego que, pues sois viejos, os den buena muerte, y á mí y á mi Faustina nos dejen hacer buena vida. Marco del monte Celio vos escribe de su propia mano.

SOBRE LA MUERTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sobre que los príncipes y grandes señores deben acordarse que son mortales, y ni porque tengan muchos regalos en la vida, no por eso han de excusarse de saber á qué sabe la sepultura. Pone aquí el autor notables palabras para no temer la muerte.

Cleobolo y Biton fueron hijos de una famosa mujer, la cual era sacerdotisa de la diosa Juno; y como se llegase el día de la gran solemnidad de aquella diosa, aparejaron los hijos un carro, en que la sacerdotisa de su madre fuese al templo; porque tenían en costumbre los griegos que el día que los sacerdotes habían de ofrecer solemnes sacrificios, ó habían de ir en brazos ó los habían de llevar en carros. Acataban tanto sus templos, tenían en tanto sus sacrificios y honraban tanto á sus sacerdotes, que si algun sacerdote ponía los piés en el suelo, no le consentían aquel día ofrecer sacrificio. Fué, pues, el caso, que caminando aquella sacer-

dotisa en su carro, y sus hijos Cleobolo y Biton con ella por el camino, súbitamente se cayeron muertos los animales que llevaban el carro, bien diez millas ántes que llegasen al templo de la diosa Juno. Visto que los animales eran muertos, y que la madre no podía ir á pié, y que el carro estaba parado, y que no había otros animales á mano, determinaron los hijos, como buenos hijos, de tomar á cuestras el yugo y ceñirse las coyundas, y tirar y llevar aquel carro, como si fuesen bestias; y así fué que como su madre los trajo en el vientre cada nueve meses, ellos llevaron á ella y al carro diez millas. Como iban muchos y de diversas partes á la gran fiesta de la diosa Juno, y vieron á Cleobolo y á Biton ir uncidos al carro, y llevar en él á su madre al templo, fueron dello muy maravillados, y decían ser aquellos mozos merecedores de grandes premios, y de verdad, justamente lo decían, y ellos lo merecían; porque en tanto se ha de tener el ejemplo que daban á

que cada hijo reverencie á su padre, como en llevar de aquella manera á su madre. Después que se hubo acabado aquella fiesta, no sabiendo la madre con qué pagar á sus hijos tan buena obra, rogó con muchas lágrimas á la diosa Juno acabase con los otros dioses, sus compañeros, que tuviesen por bien de dar á aquellos sus dos hijos la mejor cosa que los dioses suelen dar á sus amigos. Respondióle la diosa Juno que ella era contenta de lo suplicar, y que ella y los otros dioses serían también contentos de lo hacer, y el galardón que por este heroico hecho dieron fué, que Cleobolo y Biton se acostaron á dormir sanos, y otro día los dos amanecieron muertos. Sintiendo mucho la madre la muerte de los hijos, y quejándose á los dioses de los mismos dioses, díjole la diosa Juno: «Si te quejas, no tienes razon de te quejar, pues te dimos lo que pediste, y pediste lo que te dimos. Yo soy diosa, y tú eres mi sacerdotisa, y á esta causa dieron los dioses á tus hijos la cosa que es á ellos más cara, y ésta es la muerte; porque nosotros los dioses la mayor venganza que tomamos de nuestros enemigos es dejarlos mucho vivir, y la mejor cosa que tenemos guardada para nuestros amigos es hacerlos presto morir.» Es autor desta historia Hicearco, en su *Política*, y Ciceron, en el primero de las *Tusculanas*. En la isla de Delfos, do estaba el oráculo de Apolo, había allí un templo suntuosísimo, el cual con la gran antigüedad de tiempo, se iba todo á caer al suelo, como acontece á todos los edificios superbos que de tiempo á tiempo no son reparados; porque si los muros y homenajes y castillos y casas fuertes supiesen hablar, también se quejarían porque no los renuevan, como se quejan los viejos de que no los regalan. Trifonio y Agamendo eran dos varones griegos, y entre los griegos por hombres sabios y ricos tenidos; los cuales se fueron para el templo de Apolo, y edificáronle todo de nuevo, y esto con trabajo de sus personas y con gran gasto de sus haciendas. Acabado el edificio del templo, díjoles el dios Apolo que se tenía dellos por muy servido, y que en remuneración de su trabajo le pidiesen alguna cosa, que de voluntad les sería otorgada, porque los dioses tenían en costumbre por pocos servicios hacer muchas mercedes. Trifonio y Agamendo respondieron al dios Apolo que ellos, por su voluntad, ni por su trabajo, ni por su costa, no le pedían otro premio, sino que tuviese por bien de darles la cosa que al hombre mejor se puede dar y al mismo hombre le esté mejor, diciendo que los miseros hombres ni son poderosos para evitar el mal, ni tienen prudencia para elegir el bien. Respondió el dios Apolo que era contento de pagarles el servicio que les había hecho, y de otorgarles lo que le habían pedido; y fué el caso, que tres días después que pasó esto, ya que Trifonio y Agamendo habían solemnemente comido, súbitamente se cayeron los dos juntos muertos á la puerta del templo; por manera que fué el premio de su trabajo sacarles deste trabajo. El fin de contar estos dos ejemplos es para que conozcan todos los mortales que no hay cosa tan buena en la vida como es cuando se acaba la vida; y si en el dejar no es sabrosa, es á lo ménos muy provechosa; porque á un caminante acusarle hiamos de gran imprudencia, si yendo sudando por el camino se pusiese á cantar, y después por haber aca-

bado la jornada se tomase á llorar. ¿Por ventura no es loco el que va navegando, si le pesa de que llega al puerto? ¿Por ventura no es simple el que da la batalla, y suspira porque alcanzó la vitoria? ¿Por ventura no es más vano el que estando en un gran aprieto, le pesa de ser socorrido? Pues muy más imprudente, mucho más vano y loco es el que caminando para la muerte, le pesa de topar con su muerte, porque la muerte es el refugio verdadero, la sanidad perfecta, el puerto seguro, la vitoria entera, la carne sin hueso, el pescado sin espina, el grano sin paja; finalmente, después de la muerte, ni tenemos que llorar, ni ménos que desear. En tiempo del emperador Adriano murió una matrona muy generosa y que del Emperador era parienta, y un filósofo, llamado Segundo, hizo una oración á sus exequias muy solemnisísima; en la cual dijo muchos males de la vida y muchos bienes de la muerte, y como el Emperador le preguntase qué cosa es muerte, respondió el filósofo: «La muerte es un eterno sueño, una disolución de cuerpo, un espanto de ricos, un deseo de pobres, un caso inevitable, una peregrinación incierta, un ladrón de un hombre, una madre del sueño, una sombra de vida, un apartamiento de vivos, una compañía de muertos, una resolución de todos, un remate de trabajos y un fin de vagamundos deseos; finalmente, es la muerte un verdugo de los malos y sumo premio de los buenos.» Bien habló este filósofo, y no obraría mal el que pensase profundamente en lo que dijo, porque si una gotera cava en una piedra dura, no es ménos, sino que el pensamiento de la muerte nos hará enmendar la vida. Séneca en una epístola cuenta de un filósofo, que había nombre Baso, al cual, como le preguntasen qué mal había en la muerte, por que los hombres temían tanto la muerte, respondió: «Si algun daño ó miedo se cree en el que se quiere morir, no es propiedad de la muerte, sino vicio del que muere.» Conforme á lo que este filósofo dijo, podemos nosotros decir que así como el sordo no puede juzgar de las consonancias ni el ciego de las colores, tampoco puede el que nunca gustó la muerte decir mal de la muerte; porque de todos los que son muertos, ninguno se queja de la muerte, y de los pocos que son vivos, todos se quejan de la vida. Si algunos de los muertos tornasen acá á hablar con los vivos, y como quien lo ha experimentado, nos dijese si hay algun mal en la muerte secreto, razon sería tener de la muerte algun espanto; pero porque un hombre que ni vió, ni oyó, ni sintió, ni gustó jamás la muerte nos diga mal de la muerte, ¿por eso hemos de aborrecer la muerte? Algun mal deben tener hecho en la vida los que temen y dicen mal de la muerte; porque en aquella postrera hora y en aquel estrecho juicio es do los buenos son conocidos y los malos descubiertos. Ni á príncipes ni á caballeros, ni á ricos ni á pobres, ni á sanos ni á enfermos, ni á prósperos ni á abatidos, á ninguno veo de los vivos con sus estados estar contentos, sino son los muertos, los cuales en sus sepulcros están en paz y quietos, en que ya ni son avaros, codiciosos, superbos, perezosos, vanos, ambiciosos ni vagamundos; por manera que el estado de los muertos debe ser más seguro, pues á ninguna vemos con él estar descontento. Pues los que están po-

bres buscan con qué se enriquecer, y los que están tristes buscan con qué se alegrar, y los que están enfermos buscan con qué sanar, ¿por qué los que tienen á la muerte tanto temor no buscan algun remedio para no la temer? Diria yo en este caso, que se ocupa en bien vivir el que no quiere temer morir; porque la inocente vida hace ser la muerte segura. Preguntado el divino Platon por Sócrates cómo se habia habido con la vida y cómo se habia con la muerte, respondió: «Hágote saber, Sócrates, que en la mocedad trabajé por bien vivir y en la vejez trabajé por bien morir, y como la vida ha sido honesta y espero la muerte con alegría, ni tengo pena en vivir ni terné temor de morir.» Fueron por cierto estas palabras dignas de tal varon. Mucho se sienten los hombres sentidos cuando han trabajado y no les pagan su sudor, cuando ellos son fieles y no corresponden á su fidelidad, cuando á sus muchos servicios les son los amigos ingratos, cuando son honrados y no les dan lugares honrosos; porque los generosos y valerosos corazones no sienten ellos perder el fruto de su trabajo; pero sienten mucho no les reconocer que han trabajado. ¡Oh, bienaventurados los que mueren, los cuales sin esta afrenta y sin esta pena se está cada uno en su sepultura; porque en aquel tribunal guárdase á todos tan igualmente la justicia, que en el mismo lugar que merecimos en la vida, en aquel nos colocan despues de la muerte! Jamás hubo, ni hay, ni habrá juez tan justo ni en la justicia tan recatado, que el premio diese por peso y la pena por medida, sino que algunas veces castigan á los inocentes y absuelven á los condenados, agravian al que está sin culpa y disimulan con el culpado; porque muy poco aprovecha al pleiteante que le sôbre justicia, si al que es su juez le falta conciencia. No es así por cierto en la muerte, sino que se han de tener todos por dicho que el que tuviere buena justicia, segura terná por sí la sentencia. En tiempo que era censor en Roma el gran Caton Censorino, murió un muy famoso romano, y en su muerte mostró grave esfuerzo, y como otros romanos loasen el esfuerzo que habia tenido y las palabras que habia dicho, Caton Censorino rióse de lo que decian y de lo que loaban, y preguntado la causa de su risa, respondió: «Espantaisos de que yo me rio, y yo rióme de que os espantais; porque considerados los trabajos y peligros con que vivimos, y la seguridad y quietud con que morimos, yo digo que es menester más esfuerzo para vivir que no osadia para morir.» Es autor desto Plutarco, en su *Apotegmata*. No podemos negar sino que como hombre sabio habló Caton Censorino, pues vemos cada dia á personas virtuosas y vergonzosas pasar hambre, frio, sed, cansancio, pobreza, afrenta, tristezas, enemistades y infortunios, las cuales cosas todas les valdria más ver el fin dellas en un dia que sufrirlas cada hora; porque ménos mal es una muerte honesta que no una vida enojosa. ¡Oh cuán inconsiderados son los hombres en pensar que no más de una vez se han de morir, como sea verdad que el dia que nacemos comienza nuestra muerte, y el dia postrero nos acabamos de morir! Si no es otra cosa la muerte, sino acabar alguna cosa la vida, razon hay para decir que murió nuestra infancia, murió nuestra puericia, murió nuestra juven-

tud, murió nuestra viril edad, y muere y morirá nuestra senectud, de la cual podemos colegir que morimos cada año, cada mes, cada dia, cada hora y cada momento, por manera que pensando traer la vida segura, anda con nosotros la muerte revuelta. No sé yo por qué los hombres se espantan tanto de morir; pues desde el punto que nacen, alguna otra cosa no andan á buscar; porque jamas le faltó á alguno tiempo para se morir, ni jamas supo alguno este camino errar. Séneca en una epístola cuenta que llorando una romana á un hijo suyo que se habia muerto muy mancebo, le dijo un filósofo: «Por qué lloras, oh mujer, á tu hijo?» Respondió ella: «Lloro porque vivió veinte y cinco años, y quisiera que viviera cincuenta; porque las madres amamos tan de corazon á nuestros hijos, que ni nos hartamos de los mirar, ni jamas acabamos de los llorar.» Dijo entonces el filósofo: «Dime, yo te ruego, mujer, ¿por qué no te quejas de los dioses, por no haber hecho á tu hijo muchos años ántes nacer, como te quejas que no le dejaron otros cincuenta más vivir? ¿Lloras que murió temprano, y no lloras que nació tan tarde? Dígote verdad, mujer, que si no te acuerdas de entristecer por lo uno, tampoco debes llorar por lo otro; porque sin determinacion de los dioses, ni podemos abreviar la muerte, ni ménos alargar la vida.» Conforme á lo que dijo este filósofo, decia tambien Plinio, en una epístola, que la mejor ley que los dioses habian dado á la naturaleza humana era, que ninguno tuviese la vida perpétua; porque con el desordenado deseo de vivir vida larga, nunca holgaríamos de salir desta pena. Disputando dos filósofos delante del gran emperador Teodosio, en que el uno se extrañaba en decir que era bueno procurar la muerte, y el otro por semejante decia ser cosa necesaria aborrecer la vida; tomando la mano el buen Teodosio, dijo: «Somos tan extremados todos los mortales en el aborrecer y en el amar, que so color de amar mucho la vida, nos damos muy mala vida, porque sufrimos tantas cosas por conservarla, que valdria alguna vez más perderla.» Y dijo más: «En tanta locura han venido muchos hombres vanos, que tambien por temor de la muerte procuran de acelerar la muerte; y teniendo consideracion á esto, sería yo de parecer que ni amemos mucho la vida, ni con desesperacion busquemos la muerte; porque los hombres fuertes y valerosos, ni han de aborrecer la vida en cuanto duráre, ni pesarles con la muerte cuando viniere.» Todos loaron lo que Teodosio dijo, segun dice, en su *Vida*, Paulo Diácono. Hable cada uno lo que mandáre, y aconsejen los filósofos lo que quisieren; que de mi pobre juicio, aquel sólo recibirá la muerte sin pena, el cual mucho ántes se apareja á recibirla; porque toda muerte repentina, no sólo al que la gusta amarga, mas aún al que la oye espanta. Decia Lactancio que de tal manera ha el hombre de vivir, como si dende á una hora se hubiese de morir, porque los hombres que tuviere la muerte delante los ojos, es imposible que dén lugar aún á malos pensamientos. A mi parecer, y aún al parecer de Apuleyo, igual locura es desechar lo que no se puede huir, como desear lo que no se puede alcanzar; y dícese esto por los que rehusan la jornada de la muerte, do el camino es necesario; pero el volver es imposible. Los que caminan ca-

minos largos, si algo les falta, piden emprestado á la compañía; si algo olvidan, tornan á la posada, y si no, escriben á sus amigos una carta; pero, ay dolor! que si una vez nos morimos, ni nos dejarán tornar, ni podremos hablar, ni nos consentirán escribir, sino que tales cuales nos hallaren, tales nos sentenciarán, y lo que más terrible es de todo, que la ejecucion y la sentencia todo se dará en un dia. Créanme los príncipes y grandes señores, y no dejen para la muerte lo que pueden hacer en la vida; no esperen en lo que mandaren,

sino en lo que hubieren hecho; no consentan obras ajenas, sino en las obras propias; porque al fin más le valdrá un solo suspiro que todos los amigos del mundo. Aviso, ruego y exhorto á todos los hombres cuerdos, y á mí con ellos, que de tal manera vivamos, que á la hora de la muerte podamos decir que vivimos, y no podemos decir que vivimos cuando no vivimos bien; porque el tiempo que gastáremos sin provecho, todo nos le darán por ninguno.